

# *Peligros de un Antonio Machado inactual: consideraciones en el centenario de su llegada a Soria*

Juan Carlos Ara Torralba

Universidad de Zaragoza

**Resumen:** En el presente texto –escrito con ocasión del centenario de la llegada de Antonio Machado a Soria en 1907– el autor pretende señalar cómo Antonio Machado parece vivir en una peligrosa inactualidad derivada tanto de una saturación de estudios en su día como de un acomodo en cierta clasicidad en estos inicios del siglo XXI. Es necesaria una resituación crítica de su lugar en la literatura y pensamiento españoles y por ello se repasa su ideología republicana, con especial interés en la influencia de personajes como Eduardo Benot o del ambiente de la Institución Libre de Enseñanza; porque también en 1907 se celebra el centenario de la Junta de Ampliación de Estudios.

**Palabras clave:** Antonio Machado, Soria, centenario, Institución Libre de Enseñanza, republicanismo.

**Abstract:** In this article (which was written on the occasion of the centenary of the arrival of Antonio Machado to Soria in 1907) the author tries to show how Antonio Machado seems to live a dangerous inactuality as a consequence of both an exaggerated study in its time and of a certain adaptation to classicity at the beginning of the 21<sup>st</sup> century. A critical readaptation of the place it occupies in Spanish literature and thinking is necessary, and so, his republican ideology is reviewed with a special interest on the influence of figures such as Eduardo Benot or on the environment of *the Institución Libre de Enseñanza* because in 1907 the 100<sup>th</sup> anniversary of the *Junta de Ampliación de Estudios* is also celebrated.

**Key words:** Antonio Machado, Soria, centenary, Institución Libre de Enseñanza, republicanism.

### *La atemporalidad del clásico.*

Ahora que se cumplen los cien años de la llegada de Antonio Machado a Soria y de la edición de *Soledades. Galerías. Otros poemas*, quizá convenga resituarse al poeta en el particular *ranking* de los clásicos de la literatura española del siglo XX. Y es que poco queda de lo que a la altura de 1980 se consideraba el sólido tándem de escritores *nacionales* españoles compuesto por Miguel de Unamuno y Antonio Machado. El primero se lee poco, muy poco y, al segundo, tal vez no se le haya apeado todavía el secundario marbete de *popular* pero sí parece cierto que va quedando lejos el tranco temporal en el que se produjo un asombroso furor interpretativo académico.

Mucho debió aquella estimación nacional de Machado a los pioneros estudios reivindicativos de Manuel Tuñón de Lara (1967)<sup>1</sup> y Alberto Gil Novales (1966)<sup>2</sup>, cuyos ecos iniciales –por los que Machado pasaba a ser autor *de culto* entre determinada crítica literaria–, doblaron su intensidad con ocasión de las reediciones de las monografías en 1975<sup>3</sup> y 1970, respectivamente. El propicio clima de la transición avanzada y, señaladamente, el aprovechamiento de los hitos conmemorativos del centenario del nacimiento (1975) y cincuentenario de la muerte de Machado (1989) provocaron una cosecha incontrolada de estudios sobre el poeta que tiene como emblemas de tal crisis de crecimiento la celebración de cuatro multitudinarios congresos –por anotar los más importantes–, en 1989, entre cuyos resultados destacaron los ni más ni menos que cuatro volúmenes que generó el más *oficial* de ellos, *Antonio Machado, hoy*<sup>4</sup>.

A la inflación le siguió un lógico cansancio académico; pero de aquel tramo quedaron tres buenas publicaciones: las dos monografías de Bernard Sesé<sup>5</sup> y la impagable edición de las *Completas* a cargo de Oreste Macrí y Gaetano Chiappini<sup>6</sup>. Como suele ocurrir con otros escritores que se van convirtiendo ciertamente en *clásicos*, los avances en su estudio han debido en los últimos años más a lo heurístico y documental –a completar lagunas y fisuras que dejaron atrás los excesos hermenéuticos–, que a lo puramente interpretativo. Es el caso de Valle-Inclán,

<sup>1</sup> TUÑÓN DE LARA, M.: *Antonio Machado, poeta del pueblo*, Barcelona, Nova Terra, 1967.

<sup>2</sup> GIL NOVALES, A.: *Antonio Machado*, Barcelona, Fontanilla, 1966.

<sup>3</sup> La nueva edición de *Antonio Machado, poeta del pueblo* corrió a cargo de la barcelonesa Laia.

<sup>4</sup> DEPETRIS, G. y ÁVILA, P. L. (eds.): *Desde la mirada. Noticiario dell' Anno Machadiano*. 2 vols., Turí, Università de Turí, 1989; *Antonio Machado, el poeta y su doble*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1989; ÁVILA, P. L. (ed.): *Antonio Machado hacia Europa*, Madrid, Visor Libros, 1993. Los cuatro volúmenes de las actas del multitudinario congreso *Antonio Machado, hoy* (Sevilla, Alfar, 1990), acogieron ocho ponencias y ciento treinta y dos comunicaciones.

<sup>5</sup> SESÉ, B.: *Antonio Machado (1875-1939). El hombre. El poeta. El pensador*. 2 vols., Madrid, Gredos, 1980; y *Claves de Antonio Machado*, Madrid, Espasa-Calpe, 1989.

<sup>6</sup> MACHADO, A.: *I: Poesías Completas, II; Prosas Completas*. Edición crítica de O. Macrí con la colaboración de G. Chiappini, Madrid, Espasa-Calpe, 1988.

autor cuya imagen se ha enriquecido a través de la busca y rebusca de entrevistas, textos menores desconocidos, publicación de más solventes *completas*... es el caso de Pío Baroja, con razones similares... es el caso de Antonio Machado, objeto de una brillante edición de prosas y textos *menores* –pero imprescindibles<sup>7</sup>, dos biografías importantes, que aspiran a definitivas<sup>8</sup>, y la publicación facsimilar de los famosos *Cuadernos de Burgos*<sup>9</sup> y *Cuadernos de Sevilla*<sup>10</sup>.

Por todo lo dicho parece como si la imagen de Antonio Machado se haya convertido en realmente inamovible, radicalmente *clásica*. A este fin de *normalización* avalada año sí y otro también por conmemoraciones varias, no ha coadyuvado poco una especie de sentir unánime por el cual Machado ha de convocarse desde la admiración general a los valores éticos o desde presupuestos proclives a la simpatía por su populismo utópico. Cálculos ciertos y comprobables pero que poco dicen o, mejor, poco condicen con una necesaria re-evaluación en el tiempo de las bondades estrictamente literarias de su escritura. Ésta ha devenido en *transparente*, con el lógico peligro de percepción ahistórica que esta tendencia provoca. Así, han perdurado los estudios temáticos, planos, que reinciden una y otra vez en la importancia del paisaje, la soledad, la teología, los símbolos... en la poesía de Machado; y aun siguen abundando los análisis biografistas, menudos, centrados en confirmar si esta o aquella alusión en un poema se refiere en realidad a este o aquel jardín, identificable geográficamente con mapa en la mano. Nueva consecuencia de la *transparencia* aludida.

Afortunadamente, algo se ha avanzado acerca del humorismo radical de Machado, de la influencia perceptible de Bécquer, Campoamor o Verlaine mucho se ha hablado de los ecos de sus *Fiestas galantes*, pero poco de los de *Sájese*, del peculiar nacionalismo e ironía civil desde los tiempos de *Campos de Castilla* –sí, los tiempos de Soria–, de las carencias de la última época –un tiempo de producción más dada a la especulación teórica, a la derivación *apócrifa* en sus famosos heterónimos y a la fragua de una deliciosa prosa que a verdaderos frutos poéticos–, o, en fin, de la construcción de un mito ciudadano.

Y es que esta intemporalidad clásica puede terminar por recluir a Machado bien en una estéril *inactualidad* poética<sup>11</sup> bien en una casilla de la historia litera-

<sup>7</sup> MACHADO, A.: *Prosas dispersas*. Edición de J. Doménech, Madrid, Páginas de Espuma, 2001.

<sup>8</sup> GIBSON, I.: *Ligero de equipaje. La vida de Antonio Machado*, Madrid, Planeta, 2006; y BALTANÁS, E.: *Los Machado (Una familia, dos siglos de cultura española)*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2006.

<sup>9</sup> *El fondo machadiano de Burgos. Los papeles de Antonio Machado*. 2 vols., Burgos, Institución «Fernán González», 2004.

<sup>10</sup> Estos borradores y manuscritos machadianos propiedad de las hijas de Francisco y José Machado, Leonor y Eulalia, fueron adquiridos en subasta por la entidad bancaria UniCaja en 2003 y en la actualidad están en curso de publicación (facsimilar y transcripción).

<sup>11</sup> De esta sazón, pero a *contrario* y relativa a la filosofía, ha hablado recientemente L. MARTÍNEZ DE VELASCO en su artículo «De la fértil inactualidad filosófica de Antonio Machado», en J. Doménech (ed.):

ría... perteneciente al siglo XIX. En efecto, el viejo debate de si Machado fue un poeta más del XIX que del XX frente a la radical modernidad novecentista de Juan Ramón Jiménez –quien también estuvo siempre *a la altura de las circunstancias*, pero que dista mucho de sentirse como mito ciudadano, popular y *nacional*– se ha resuelto tácitamente, casi sin razones de peso, a favor de su inclusión en una oleada moderna pretérita, decimonónica, posromántica al cabo. Se echa en falta –y es algo que vengo insinuando en estos párrafos–, un análisis serio de las razones de la vigencia clásica de este supuesto autor decimonónico y que, a mi entender, pasan ineludiblemente por una interpretación profunda de dos aspectos esenciales en la poesía de Machado y que, curiosamente, son también propios de la mejor literatura del siglo pasado; a saber: la indagación y preocupación constantes por *lo auténtico* –donde se adscribirían los juegos de espejos, heterónimos y el espacio íntimo, siempre reflexionado, del sujeto poético–, y la radical presencia de un mundo *naïf*, con constantes reivindicaciones del territorio de la infancia –tan presentes en Rilke, Sender... y otros *grandes* del XX– más las también usuales incursiones en los lugares del sueño y del ensueño a través de símbolos asequibles, asépticos a una retórica, digamos, juanramoniana.

Con esta reubicación interpretativa ganaría mucho la *actualidad* de Machado, explicaría la resorción de algunos aspectos de su poesía por parte de promociones y generaciones literarias desde los cincuenta a los días que corren y, lo que quizá sea más importante, situaría la obra machadiana en los parámetros (pos)modernos por los que se interpreta la cultura contemporánea –y sus *revisitaciones* del pasado compacto– en términos de popularidad, excelencia, culto y frecuencias de onda de público y lectura (aquéllas, por ejemplo, que convirtieron a Machado en icono *poppie* gracias a las canciones de Joan Manuel Serrat). Cabe preguntarse por las bondades de la vigencia de un clásico a través únicamente de multitud de antologías *escolares* pero no, por ejemplo, por un necesario *aggiornamento* crítico y fiable de sus *Obras Completas* que nadie parece emprender en unos tiempos en los que –y es muy revelador de lo que venimos señalando–, es muy difícil conseguir los tomos de las *Completas* de 1988, hará un lustro saldadas lastimosamente en un conocido centro comercial del país. Cabe preguntarse, en último término, por el final del rendimiento histórico de aquel valor de empaque moral y mito ciudadano que solía acompañar las lecturas de Antonio Machado (y que hermano al sevillano, en tanto que ejemplaridad política e icono *poppie*, con Miguel Hernández).

---

«Hoy es siempre todavía»: *Curso Internacional sobre Antonio Machado. Córdoba, 7-11 de noviembre de 2005*, Sevilla, Renacimiento, pp. 616-642.

***Quedan Machados en el mundo para combatir la tiranía y el oscurantismo. La impronta de Eduardo Benot.***

¿Se ha esquilamado, en verdad, esa mina de rendimiento histórico?, ¿hemos *desnaturalizado* a Machado? Una de las posibles respuestas debe pasar por la relectura de la *sangre jacobina* de Machado, por el análisis de la incontestable impronta republicana en el pensamiento y obra machadianas. Cuando Antonio Machado Ruiz llega al mundo en Sevilla el 26 de julio de 1875, corre ya por sus venas esa sangre cuyo abolengo pertenece a la minoría demócrata y republicana española. Conviene no olvidar que Machado disfrutó más años de la presencia de su abuelo, Antonio Machado Núñez, que de su propio padre, Antonio Machado Álvarez. Antonio Machado Núñez (Cádiz, 1815-Madrid, 1896), catedrático de universidad, primero en la compostelana, luego en la hispalense y más tarde en la Central, había de tener un protagonismo significado en la Revolución de 1868 en calidad de miembro de la Radical Junta Revolucionaria de Sevilla y, al poco, en 1870, como gobernador civil de la provincia. Uno de los introductores de Charles Darwin en la rutinaria universidad española, Antonio Machado Ruiz, se adhirió al grupo krausista y entabló especial amistad con Francisco Giner de los Ríos. Junto a Federico de Castro, fundó la sazón avanzada *Revista de Filosofía, Literatura y Ciencias*. Cuando la *cuestión universitaria* de 1875, sería de los que apoyaron a Giner, Salmerón y Azcárate. Era yerno, desde 1844, de José Álvarez Guerra, diputado constitucionalista durante el Trienio, que sufrió exilio en Francia y, al regreso de los liberales al poder, figuraría como ministro durante el gobierno de Toreno en 1833. Pertenece, con honor, a la nómina de los *Heterodoxos españoles* –establecida por Marcelino Menéndez Pelayo en el libro homónimo– por partida doble: en tanto que autor de un libro típico de *filósofo radical*, *Unidad simbólica y Destino del Hombre en la Tierra, o Filosofía de la Razón* (cuatro volúmenes publicados entre 1837 y 1857) y en tanto que responsable de un «estrafalario proyecto» de desamortización adelantado cuatro lustros al de Mendizábal.

El hijo de Antonio Machado Núñez, Antonio Machado Álvarez, quizá no heredó sus cualidades de *hombre de acción* (la aceptación de cargos ejecutivos como la alcaldía de Sevilla, la Jefatura Política de la provincia, el Rectorado de la Universidad...), típicas del primer republicanismo histórico (Antonio Machado Núñez, en la praxis política y encasillado de partidos, era partidario de las tesis de Nicolás María Rivero), sino que su democratismo se redirigió más a la morosa, lenta y eficaz *labor de desfonde* educativa de los republicanos de la siguiente hornada, más próximos al krausismo y a la Institución Libre de Enseñanza y más desencantados por el fracaso reciente del sexenio, cuya eclosión y trayectoria les sorprende en plena juventud. Y es que Antonio Machado Álvarez, nacido en Santiago de Compostela el 6 de abril de 1846, apenas ha inaugurado los veinti-

dós años cuando vive las idas y venidas de personajes revolucionarios por las estancias de su casa sevillana. Hombre particularmente inquieto, *Demófilo* creció a la luz de una educación esmerada y krausista que le proporcionó su padre Antonio Machado y Núñez y el amigo de este, Federico de Castro, el primer discípulo de Julián Sanz del Río. Durante los años de estancia en la Universidad Hispalense, la lectura de las monografías de Cecilia Böhl de Faber, Emilio Lafuente Alcántara y García Gutiérrez acerca de la literatura popular, amén del interés romántico-nacional (protofolklórico) que Federico de Castro y A. Machado y Núñez infundieron en el joven Machado, provocaron que *Demófilo* se decantase por el estudio de las manifestaciones literarias populares. De esta manera, cuando Machado contaba veintisiete años, publica en colaboración con de Castro el folleto *Cuentos, Leyendas y Costumbres Populares* (1873)<sup>12</sup>; mas ya algunos años antes había colaborado en la interesante *Revista Mensual de Filosofía, Literatura y Ciencias* (1869-1874), sevillana publicación krausista dirigida por de Castro y Machado y Núñez. Allí editaría *Demófilo*, de 1869 a 1872, una serie de artículos titulados genéricamente «Estudios de Literatura Popular», entre los que destacan los ocho que llamó «Apuntes para un Artículo Literario»<sup>13</sup>.

Al igual que algunos de sus contemporáneos más avanzados, como Joaquín Costa, Machado comienza a sustraerse un tanto de los resabios románticos de sus predecesores mediatos y de las preocupaciones ideal-krausistas de sus inmediatos (de Castro, su propio padre), para emprender una tarea positiva de recopilación de materiales —en lo que critica a Lafuente Alcántara y a Fernán Caballero—, mediante trabajos de campo, no exenta, en mayor grado que en Costa, de un propósito populista evidente, ya que si Costa firmaría alguna vez con aquello de «Su Autor. El Pueblo Español», Machado lo hará, reveladoramente como «El hombre del pueblo (Apuntes para un estudio)», dentro de una revista de significativo título: *Un obrero de la Civilización*<sup>14</sup>.

*Demófilo*, tras un paréntesis de tres años (1874-1877) de escasa actividad erudita, reemprende sus trabajos con la fundación de *La Enciclopedia. Revista Científico-Literaria* (1877-1882), en la que descollaba su «Sección de Literatura Popular». Machado empeñó sus esfuerzos en reunir en dicho apartado a las más prestigiosas firmas —primero nacionales, luego extranjeras— que escribían acerca de literatura popular, entre ellas, las de Sbarbi, Milá y Costa. Desde entonces

<sup>12</sup> Para la vida y obra de Antonio Machado y Álvarez resulta imprescindible la lectura de la excelente obra de PINEDA NOVO, D.: *Antonio Machado y Álvarez, «Demófilo». Vida y obra del primer flamencólogo español*, Sevilla, Cinterco, 1991, sólido trabajo de recopilación que engloba la multitud de trabajos dispersos que con anterioridad habían circulado impresos acerca de Demófilo.

<sup>13</sup> Publicados, respectivamente, en las páginas 116-122, 173-179, 294-298 y 326-332 del tomo I (1869) y en las 37-42, 234-240, 285-288 y 329-336 del II (1870) de la *Revista Mensual*.

<sup>14</sup> Ver PINEDA NOVO, D.: *Antonio Machado y... op. cit.* p. 44.

*Demófilo* no cejó en su empeño de propagar la ciencia folklórica por toda España –a partir de la revista *El Folclore Andaluz*, de 1882 y 1883 y la dirección de la colección *Biblioteca de Tradiciones Populares* (1883-1888)–, designio que sólo las angustias económicas le obligaron a abandonar, pues hubo de marchar a Puerto Rico en 1892 para ejercer como Registrador de la Propiedad. Al año, quebrantada su salud, regresa a España, donde morirá el 4 de febrero de 1893.

De su vocación antropológica y de sus arraigadas convicciones republicanas –pimargallianas, lógico para quien pensaba en un estudio, diríamos, *confederal* del folclore hispano– da buena cuenta la siguiente carta remitida a Joaquín Costa:

Señor D. Joaquín Costa:

[Madrid]

[Sevilla, abril de 1880]<sup>15</sup>

Mi querido amigo: tengo a la vista sus dos apreciables cartas, 22 del pasado y 11 del que corre, que paso a contestarlas ordenadamente. Primero; desisto del proyecto de la «Ilustración Franco-española»; segundo, le agradezco sus felicitaciones por mi nuevo *régeton*: propagandista acérrimo<sup>16</sup>, ya que no otra cosa, que quedan Machados en el mundo para combatir la tiranía y el oscurantismo; tercero, he comenzado ya en unión con mi querido e inteligente amigo el excelente [*sic*] escritor S. D. Manuel Jiménez Donaire<sup>17</sup> la traducción del Tylor<sup>18</sup>; del que le enviaré la semana próxima algunos materiales: nuestro común amigo el S. Giner se encargará de *girar la llave* (D. Francisco Azcárate<sup>19</sup>); cuarto, es V. injusto en llamarme laborioso; soy más flojo que un vendo; quinto, tiene V. razón en la imprenta de «La Enciclopedia» lo hacen que ni de intento pudie-

---

<sup>15</sup> Deducimos la posible fecha de esta carta porque el artículo sobre trabalenguas al que hace mención Machado salió publicado el 30 de marzo de 1880 y porque podemos datar el momento en el que Machado hizo pública su adhesión al utilitarismo spenceriano en enero de 1880. Estos datos nos indican con claridad que esta carta fue escrita en abril de tal año.

<sup>16</sup> Machado se refiere al nacimiento de su cuarto hijo (tras Manuel, Antonio y la fallecida Cipriana), José Machado y Ruiz, que tuvo lugar el 18 de octubre de 1879.

<sup>17</sup> Escritor sevillano, hoy prácticamente desconocido, amigo de A. Machado.

<sup>18</sup> Edward Burnet Tylor (1832-1917), etnólogo e historiador inglés, uno de los padres de la moderna Antropología por aplicar las teorías spencerianas al estudio de las religiones y sociedades primitivas. Antonio Machado editaría la traducción de la famosa *Antropología* (*Anthropology: introduction to the study of man and civilization* -1881) en 1888, aunque el libro capital de Tylor, por el que se hizo famoso en los círculos científicos había sido su *Primitive Culture: Researches into the development of Mythology, Philosophy, Religion, Language, Art and Custum* (1871).

<sup>19</sup> Evidente *lapsus* cometido por Machado tal vez por la proximidad de un [Francisco] Giner. Lógicamente se trata de Gumersindo de Azcárate (1840-1917), político y jurista, catedrático de Legislación Comparada en la Universidad de Madrid en 1872 que como otros colegas se sumó a la protesta de la «segunda cuestión universitaria» renunciando a su cátedra por el famoso decreto de Orovio; afín a la Institución Libre de Enseñanza desde sus inicios, influyó decisivamente en el pensamiento costista a través, singularmente, de *El self-government y la monarquía doctrinaria* (1877) y *El régimen parlamentario en la práctica* (1885).

ran hacerlo peor; reproduciremos con gusto su último artículo y buscaremos letras itálicas para las palabras que lo requieran. Desearían mis amigos de «La Enciclopedia», que pidan a V. mil perdones reconociendo su falta, que les enviara los números del Boletín en que está la continuación de su artículo, pues ellos no se atreven a mandar el suyo a la imprenta por no estropear el ejemplar que quieren conservar como oro en paño. Sesto [*sic*], he tenido una gran alegría en ver que le ha gustado mi articulillo sobre el trabalenguas<sup>20</sup>; como mi objeto en él es despertar un poco la atención sobre este género de producciones, independientemente del valor real que las afirmaciones hechas puedan tener, es para mí un triunfo que una persona tan competente como V. me diga «Vengan más documentos, Por mi parte estaré sobre ello siempre que algún ejemplar se ofrezca». Bravo! esto era lo que me proponía y nada más que esto. Yo estimo que los trabalenguas son mucho más importantes para el filólogo que para el literato: muchos de ellos no tienen a mi juicio nada de dramático (aunque algunos lo tengan); pero todos o casi todos, entre los que conozco, tienen gran interés para los que estudien la formación del lenguaje. El *notable sipilitable* me hacía pensar involuntariamente en el aumento temporal y silábico; piense V. sobre esto porque creo que con conocimientos que V. tiene<sup>21</sup> y yo no tengo acaso se pueda sacar algún partido de esta observación.

Entretanto y para no molestarle más, reciba un estrecho apretón de manos de un buen amigo, que lo quiere y se repite suyo afmo.

q.s.m.b.

Antonio Machado y Álvarez

P.D. El sobre negro no significa más que no lo tengo hoy blanco.

P.P.D. Dele V. un abrazo de media hora a mi querido amigo D. Francisco Giner, a quien diré V. que estoy hecho un renegado, un apóstata, pues he dicho en público, como podrá ver en el extracto [*sic*] de las sesiones del ateneo, publicadas en «La Enciclopedia», que me inclino más al *utilitarista* (sic) Herbert Spencer<sup>22</sup> que a Krause<sup>23</sup>.

---

<sup>20</sup> Se trata del artículo titulado «Un trabalenguas popular», *La Enciclopedia*, año IV, 2ª época, 6 (30 de marzo 1880).

<sup>21</sup> Precisamente la carencia de conocimientos profundos de la moderna Filología, según se puede ver en una carta de Joaquín Costa a Hugo Schuchardt, del 4 de marzo de 1883, propiciaría el abandono de Costa de los estudios filológicos.

<sup>22</sup> Herbert Spencer (1820-1903), filósofo inglés teórico del positivismo y del evolucionismo radical, por el cual las leyes de la evolución biológica se cumplen también en las estructuras morales y sociales. Machado publicó varios extractos de obras suyas en *La Enciclopedia*, precisamente en los números 5 y 6 del año de 1880. El 23 de enero de 1880, en sesión de la Sección de Literatura y Arte del Ateneo de Sevilla, Antonio Machado manifestó públicamente sus preferencias ideológicas por el método y la filosofía de Spencer frente a la de Krause, lo que le valdrá la reprobación del antiguo maestro y amigo Federico de Castro (Ver PINEDA NOVO, D.: *Antonio Machado y... op. cit.* pp. 61-67).

<sup>23</sup> Karl Christian Friedrich Krause (1781-1832). Filósofo alemán, creador del sistema filosófico conocido por *panenteísmo*, que afirma que Dios integra las esencias de todas las cosas, frente al panteísmo por el que Dios se identifica con ellas. Las teorías krausistas contenidas en *El ideal de la Humanidad* fueron difundidas en España con éxito por Sanz del Río y Federico de Castro.

S/C. Navas 1º no Dueñas 6, como V. me pone.

Diga V. al Sr. Giner que recibí su carta; que ha hecho muy bien en dedicar a la Institución el producto de la Estética<sup>24</sup> aunque es de sentir el abuso de los editores que nos esplotan [*sic*] de un modo horrible. Que no le escribo porq. ando muy ocupado y no muy bueno de salud<sup>25</sup>.

Resulta evidente que las *gotas de sangre jacobina*<sup>26</sup> fluían vigorosas por el cuerpo de un Antonio Machado Ruiz que, en Madrid desde 1883, comienza su educación en el centro de estudios más adecuado para su prosapia republicana y librepensadora, la Institución Libre de Enseñanza. Mucho se ha hablado, y con razón, de la impronta de la Institución en el acendramiento de las convicciones populares y librepensadoras del poeta. Quizá algo menos de cómo la pedagogía institucionista, *more Krause*, significaba una suerte de *nosce te ipsum* como camino hacia el reconocimiento y la epifanía del otro y de dios en armonía absoluta. Y poco de hasta qué punto la imagen *sectaria* –alentada por el pensamiento reaccionario hasta nuestros días–, *cuasisacerdotal* y *mística* de los institucionistas hubo de calar en la persona, modales y conducta del joven Machado. El retrato del Machado introvertido, severo, austero, misterioso, sobrio, independiente y despreocupado por el aliño indumentario, que para los incondicionales ha resultado cuando menos simpático, era, nunca debe olvidarse, el envés de la caricatura anti-pática que muchos ultramontanos se empeñaron en dibujar ya desde los tiempos de Julián Sanz del Río. Cuando son sus discípulos institucionistas los encargados de fomentar la modernidad pedagógica, en la sazón de los años 80 y 90 del siglo XIX, esta caricatura llegó a alcanzar la sátira habitual e, incluso, escritores poco sospechosos de tradicionalismo, como *Clarín*, tuvieron a bien inmortalizar tipos krausistas al modo satírico; sirvan de ejemplo los inolvidables don Cipriano y Aquiles *Zurita* del cuento homónimo de Clarín, firmado por el asturiano en la temprana fecha de 1884.

Seguramente tenía Alas en su magín los veintitrés mandamientos propugnados por Julián Sanz del Río en el apéndice a su *Ideal de la Humanidad*, precep-

---

<sup>24</sup> Esta «Estética» debe de ser el *Manual de estética y teoría del arte, o historia abreviada de las artes principales* (1880); el autor del *Manual* no fue Francisco Giner de los Ríos, sino su hermano Hermenegildo (1847-1923), profesor de Instituto y de la asignatura de Retórica y Poética en la Institución Libre de Enseñanza.

<sup>25</sup> ARA TORRALBA, J. C.: «Del folklore a la acción política. Tres calas en el pensamiento nacional de Joaquín Costa a través de sus corresponsales (A. Machado, R. Salillas, P. Dorado)», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 13 (1996), pp. 39-41.

<sup>26</sup> Acerca de la fertilidad interpretativa que ha dado pie el célebre del sintagma machadiano, véanse los artículos de AUBERT, P.: «*Gotas de sangre jacobina*: el republicanismo de Antonio Machado», en P. Abert (ed.): *Antonio Machado hoy (1939-1989)*, Madrid, Casas de Velázquez, 1994, pp. 301-317; y BLANCO AGUINAGA, C.: «*Gotas de sangre jacobina*», en J. Doménech (ed.): «*Hoy es siempre...*» *op. cit.*, pp. 469-497.

tos que el joven Antonio Machado habría aprendido a su paso por las aulas de la Institución Libre. Ahora bien, en los primeros escarceos literarios de los hermanos Antonio y Manuel Machado aparece la figura de un prohombre del republicanismo federal como fue Eduardo Benot, quien de seguro financiaría *La Caricatura*, la revista de los primeros pinitos literarios de los hermanos Machado Ruiz, a partir de su *segunda época*, la que comienza en el verano de 1893. Eduardo Benot Rodríguez había nacido en Cádiz el 26 de noviembre de 1822. En 1868 consiguió el acta de diputado republicano a Cortes por Jerez y en 1872 la de senador por Gerona. Ministro de Fomento en 1873, bajo la presidencia de Francisco Pi y Margall, Eduardo Benot hubo de exiliarse en Portugal a la caída de la I República. A su regreso siguió cultivando una amistad casi fraternal con Francisco Pi y Margall. Mantuvo una tertulia literario-política en su casa madrileña, a la que asistían Pi, Estévez y los jóvenes vástagos del también pimargalliano, según sabemos, Antonio Machado Álvarez. Eso sí, conocía Benot desde años antes de aquel 1893 a los adolescentes Machado Ruiz por ser profesor en la Institución Libre de Enseñanza. Y es que Eduardo Benot, además de autor de poesía y piezas dramáticas, escribió notables monografías de Matemáticas, Física, Lingüística, Didáctica, Lexicografía o Prosodia. Tal vez para nuestros intereses es bueno no olvidar que Benot, a pesar de participar de la peculiar anglofilia que teñía la Institución Libre desde su propio fundador, Giner de los Ríos (de quien Antonio Machado heredó también muchos *tics* preventivos frente a Francia y lo francés), dominaba a la perfección el francés y había escrito gramáticas y métodos de enseñanza de la lengua gala, lo cual habría de influir bastante en la futura vocación de Antonio Machado Ruiz.

Respecto de las ideas republicanas y laicistas de Benot, que engrosarían el caudal *jacobino* de Antonio Machado, quedan bien explícitas en estos renglones de su libro *Errores en materia de educación y de instrucción pública*:

De bien antiguo data en el elemento civil la aspiración de hacer laica la enseñanza. Júzguese por las siguientes líneas de una de las famosas cartas que allá por el año de 1792 escribía el CONDE DE CABARRÚS A D. GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS el cómo se juzgaba ya en el pasado siglo el monopolio de la enseñanza por el Clero:

«La enseñanza de la religión corresponde a la Iglesia, al cura, y cuando más a los padres; pero *la educación nacional es puramente humana y seglar, y seglares han de administrarla*. ¡Oh, amigo mío! No sé si el pecho de usted participa de la indignación vigorosa del mío, al ver a estos rebaños de muchachos, conducidos en nuestras calles por un escolapio armado de su cara. Es muy humilde el niño, dicen cuando quieren elogiar a alguno. Esto significa que ya el niño ha contraído el abatimiento, la poquedad, o, si se quiere, la tétrica hipocresía monacal. ¿Tratamos, por ventura, de encerrar la nación en claustros, y de marchitar estas dulces y encantadoras flores de la especie humana?

Aquella edad necesita del amor y de las entrañas de padre; y ¿la confiamos a los que juraron no serlo? Necesita de la alegría y de la indulgencia; y ¿la confiamos a un esclavo o a un déspota? ¿Por qué extraño trastorno de todos los principios han usurpado así, sucesivamente, las más preciosas funciones de la sociedad, tantos institutos fundados en la separación y abnegación de ella!

El maestro de cada pueblo y de cada barrio, suponiendo toda una generación criada por este método, debería ser el mejor padre y mejor marido; debería este empleo tener en el Ayuntamiento y en todos los actos públicos un asiento distinguido...; y ¿por qué la gratitud pública no había de conservar la memoria de aquellos que le desempeñasen mejor? El arte sublime de formar hombres, ¿no equivaldría a la ciencia, funesta y fácil, de destruirlos o degradarlos?».

Pues cuando desde hace tanto tiempo viene sustentándose el principio de que la educación nacional es puramente humana y seglar y seglares han de desempeñarla; cuando hoy la tolerancia se abstiene de poner trabas a la Iglesia y caen en desuso las regalías de la Corona, de que tan celosos se mostraron reyes muy católicos; cuando los tradicionalistas, después de vencidos en los campos de batalla, son desalojados de la opinión pública; cuando la España moderna es enteramente otra que la antigua; cuando resultan intolerables todos los privilegios... aparece en España un decreto, dando toda clase de facilidades al Clero para ejercer la enseñanza y cercenándolas en modo vigoroso al elemento seglar. He aquí cómo fue juzgado tal decreto:

«Al ciudadano se le exigen fiadores y capitales que la mayor parte no pueden aprontar para asimilar su enseñanza a la oficial, y al clérigo no se le exige nada de esto: al ciudadano se le dice que no podrá asimilar su establecimiento si no es propietario del local o no inscribe en el Registro de la propiedad un arriendo por diez años, y a los Seminarios se les releva de esta obligación: al ciudadano se le dice que no es asimilable su establecimiento si no lleva dos años y no tiene cierto número de alumnos, y al Seminario también se le releva de esto. Ha venido el decreto a coartar la libertad práctica que existía en materia de enseñanza y a dificultar su ejercicio. Hasta aquí, todo el que quería consagrarse a la enseñanza podía hacerlo abriendo clases en su misma casa: no tenía que dar cuenta a nadie, ni se le imponían molestias, como no diera al establecimiento cierto desarrollo, y quisiera incorporar los estudios hechos en él a algún establecimiento oficial, para darles validez académica.

Pero ahora ya es otra cosa: toda casa donde se enseñe a más de cuatro alumnos se considera como establecimiento de enseñanza libre, y se exige que su director o propietario pague 2.000 reales de contribución directa o que presente dos fiadores que paguen 4.000. ¿Pues qué!, ¿todas las personas que se consagran a la enseñanza son millonarias o amigas de millonarios?

»Harto sabe el Ministerio de Fomento que pocas personas ricas querrán ser fiadores de un establecimiento de enseñanza en el que no se enseñe a gusto del Gobierno, porque no es de creer que haya muchos capitalistas que se presen a ser solidariamente responsables de las multas de 2.000 que, por una práctica abusiva, imponen los gobernadores invocando el art. 22 de la Ley

Provincial, y de las de 4.000 que en virtud de este decreto podrán imponer, así como también de los 4.000 reales de multa con que los rectores afligirán a los establecimientos de enseñanza libre: y, como las multas no tienen límite en el número, podrán imponerse hasta que sumen mayor cifra que el capital de Makay.

No habrá este inconveniente para los establecimientos regidos por corporaciones religiosas o por amigos del Gobierno. Además, por una disposición transitoria del decreto se exime de estos requisitos durante tres años a las corporaciones docentes».

El decreto de 1885 no encarnó verdaderamente en la práctica, porque nunca llegan a regir las leyes de privilegio que pugnan con las costumbres del pueblo para quien se dictan y con el espíritu dominante en las conciencias que han de acatarlas. Los privilegios concedidos a las asociaciones religiosas y las dificultades impuestas a los particulares acabaron con él.

Pero ese decreto no abolió el laicismo en la enseñanza oficial. Hoy la enseñanza de la Religión es en los Institutos obligatoria de hecho, por más que se sostenga lo contrario. Y en esta época, que condena toda intransigencia, nadie tiene derecho a decir a la Iglesia lo que ha de hacer, ni a los seglares lo que deben aprender<sup>27</sup>.

También de los *Errores en materia de educación* podemos extraer otros fragmentos que firmaría sin dudar *Juan de Mairena*, como este acerca de la finalidad moral de toda educación:

«La educación se propone principalmente la cultura moral: la educación, por tanto, nunca concluye: el desarrollo de las facultades puede cesar, su cultivo y dirección nunca terminan.

LA CULTURA MORAL ES, PUES, EL OBJETO PRIMORDIAL DE LA EDUCACIÓN: LA INTELLECTUAL Y LA FÍSICA SON SU MEDIO.

Pero, si desarrollar, cultivar y dirigir al hombre es la educación, podrá decirse: Entonces la educación nunca concluye. No rehuiré la consecuencia: antes bien la admito en todo su rigor, por más que al prohijarla se acepte uno de tantos principios que no se llevan a la práctica. Es un consejo bueno; aunque no siempre obtiene la debida obediencia. *No pegues*, dicen al hombre las religiones todas, y, sin embargo, nunca se levanta el sol sin ver crímenes y abominaciones sobre la haz de la tierra. No hay un solo día de la vida en que no pueda desarrollarse un sentimiento, una aptitud intelectual, domar la voluntad y dirigirla al bien, no hay momento alguno en que no podamos mejorar nuestro ser. Pero ¿es eso lo que hacemos? Sensible es no poder contestar afirmativamente; por más que el hecho negativo no menoscabe la verdad del gran principio promulgado por DE GERANDO: «LA VIDA DEL HOMBRE NO ES EN REALIDAD MÁS QUE UNA GRAN EDUCACIÓN, CUYO FIN ES LA PERFECCIÓN».

---

<sup>27</sup> BENOT RODRÍGUEZ, E.: *Errores en materia de educación y de instrucción pública*, Madrid, Librería de Hernando y Compañía, 1897, pp. 171-174.

El desarrollo del hombre toca ciertos límites de los cuales, como la locomotora en su velocidad, no pasa en llegando al término: el cultivo y la dirección de las facultades desarrolladas nunca cesa. El desarrollo puede verificarse mediante el ejercicio individual y la acción de otras personalidades: el cultivo y dirección, si al principio obedecen a ambos agentes, en llegando a cierta edad, a la edad de la reflexión, dependen exclusivamente de la propia personalidad.

No hay que entrar en pormenores para hacer de este aserto una demostración detallada. Es por demás obvio que hasta los veinte o veinte y cinco años, con muy pocas excepciones, que en nada amenguan la importancia de la regla, necesita el hombre para su desarrollo no sólo de la actividad de que se halla dotado, sino de la acción interventora o directriz de sus padres, maestros o tutores; y que, al entrar en años, se gobierna por sí propio sin dejarse dirigir de los demás. La educación, pues, se divide naturalmente en EXTERNA E INTERNA.

Entendemos todos por *externa* a la acción de los padres, maestros o tutores, e incluimos en ella los *procedimientos* que desarrollen, cultiven y dirijan las facultades del hombre en el primer período de la vida: y por *interna* a la acción personal de cada hombre cuando por sí e independientemente de los demás pueda y quiera continuar su desarrollo.

Imposible es designar los medios de que a cada persona es dado valerse para conseguir la educación interna. Propiamente *educación* es la *externa*. Y, como que mal se pueden cultivar y mucho menos dirigir facultades no desarrolladas, dedúcese por ilación evidente que el objeto de la educación externa antes que nada es el *desarrollo* de las facultades del hombre<sup>28</sup>.

O este otro, muy regocijado, en torno a la inutilidad de enseñar Retórica y Poética al que apenas sí sabe expresar un puñado de ideas triviales:

«¡Retórica y Poética!

Se me representa en este instante a caballo sobre un potro empezado a domar y casi cerril un hombre torpe que jamás ha cabalgado. Se agrega a mi representación una garrocha traída por un pillete de vaquerillo, que logra después de una larga porfía que nuestro torpe suelte de las crines una de las pocas manos que la naturaleza se ha dignado concederle. Completa, en fin, el cuadro un novillo de crespo cerro y buenas armas, que perseguido por un viejo alano se viene encima del improvisado jinete. «Haga V. uso de la garrocha, hombre de Dios», grita con zumba el vaquerillo.

No sabe hablar el niño: es incapaz de expresar por escrito en una mala carta sus infantiles necesidades: no ha leído epopeyas, ni ha visto tragedias, ni sabe lo que es foro, ni parlamento, ni ha sentido jamás pasiones (como a sus rabietas no se dé el nombre de tales), ni ha experimentado jamás ese entusiasmo de las artes, ni tiene aún razón para sentir lo bello, ni sabe lo que es sublime

---

<sup>28</sup> *Ibidem*, pp. 195-196.

(como no se llame así el miedo que le inspiran los truenos...) y a este germen de hombre se le dice:

«Haga V. uso de la garrocha, ángel de Dios». Las reglas de las cosas que V. no hace ni entiende son tales, y tales, y tales, y tales. —*Risum teneatis, amici*. —El remedio es tan eficaz como el uso contra la tisis del bálsamo de perro dormido. ¿Cómo sin saber montar a caballo puede nadie correr cintas en un picadero, aun habiendo nacido con la más feliz disposición?

Hay cosas que no se pueden tratar en serio: ¿no se viene a la memoria la cariñosa abuela que decía: «Yo no quiero que mi nieto se bañe hasta que sepa nadar»?

Cuando el niño sepa escribir, es decir, cuando sea hombre instruido, entonces no estará de más que le habléis de clásicos y románticos, para quienes hizo IRIARTE el dicho del catador mosquito:

Lo chupo cuando es bueno,  
Y jamás averiguo  
Si es moderno o antiguo;

ni sobrará tampoco que le digáis mil excelencias de las famosas unidades, a pesar de las cuales fueron genios LOPE, CALDERÓN, SHAKESPEARE..., ni dejaréis de encomiarle el *Telémaco*, no obstante que su héroe debía ser bien poco listo, puesto que siempre necesitaba de aquel filosofazo de MENTOR, que, como otro DU GUESCLIN, parecía tener por lema

Ni quito ni pongo rey,  
Pero ayudo a mi señor.  
No le hablaréis de las reglas para hacer *Quijotes*, porque  
Nadie las mueva  
Que estar no pueda  
Con Roldán a prueba,

ni le diréis una palabra del por qué QUEVEDO nos hace reír, pues verdaderamente sus obras no se ajustan a ninguna de vuestras clasificaciones; pero sí le explicaréis pomposísimamente las partes en que se divide un buen discurso, *exordio*, *proposición*, etcétera, etc., a fin de que vuestro alumno se rompa la cabeza buscando esas partes en las buenas peroraciones que se pronuncian en las Cámaras, o que traen los periódicos, o que forman el asunto de las lecciones, de los informes, y de tantos documentos como sirven para algo sin saberse tampoco el por qué, pues que no tienen *exordios*, *proposiciones*, *narraciones*... y *epílogos*; y, en suma, gastaréis mucho tiempo en atestarlos de tropos y figuras que ningún literato sabe, que cada poeta ignora, y que todo corazón usa, porque son los medios naturales de expresar los sentimientos y las pasiones, que brillan en las revueltas borrascas del corazón o en los huracanes del mundo y nunca, nunca, nunca en las plumas frías del criticastro, incapaz de hacer un verso ni de escribir un mal libro. ¿Quién no ha sentido crispaturas nerviosas al oírle componer, menos aún, recitar versos a algún profundísimo catedrático de Retórica que en las uñas tenía todos los tropos y figuras de su libro de texto? ¡Qué orejas, gran Dios! ¡Yo he oído a uno que recitaba lo que sigue:  
¡Siempre iguales! ¡Necias las mujeres!

Inventaz otras delicias,  
Inventaz otro mundo, otras caricias,  
¡O que maldito sea el placer!

¡Bienaventurados los que vivían junto al rey aquel de un islote de la Oceanía,  
que no encontraba música mejor que la de rayar un caldero de cobre que había  
obtenido de un buque inglés!

¿Qué venda cubre los ojos? ¿Qué poder tiene el absurdo para extenderse y cun-  
dir por toda la tierra?

Si hay talento, si hay genio, el estudio de la Retórica y Poética servirá para algo;  
pero, si faltan, es inútil. Al talento conviene conocer los análisis de la crítica y  
evitar los escollos en que otros han tocado; pero este conocimiento aprovecha  
en la edad de la reflexión y cuando se tienen datos que comparar. Ese estudio,  
pues, conviene; pero pasada la niñez. Y, sin embargo, ese estudio no alcanza a  
formar oradores, ni poetas, ni aun medianos escritores, y su carencia casi se  
suple naturalmente por el hombre de talento, de genio o de corazón. ¿Quién  
en las excepciones de quintas no ha visto rasgos y arranques en las mujeres del  
pueblo, que al orador más empujado no le sería dable alcanzar? Y es que los  
poetas nacen, pero se mejoran: los oradores nacen también, pero se forman.

Además, hay que hacer a lo que se llama Retórica y Poética una terrible obje-  
cción. Pero antes se me permitirá otro símil.

Figurémonos un rey despótico a quien le hubiese dado por estudiar  
Arquitectura; y concédásenos que a fuerza de trabajos laboriosos hubiera lle-  
gado a ser fanático arquitecto. La fuerza de gravitación de los sucesos llevó  
hasta sus estados los caminos de hierro, y una Empresa consiguió permiso para  
erigir un palacio de cristal, y reproducir la catedral de Burgos, y el palacio de  
la Alhambra: el rey dejó hacer; y, criando todo estuvo listo, los empresarios  
convidaron al arquitecto-rey para solemnizar la inauguración. Pero, no bien el  
déspota hubo visto o inspeccionado todo, mandó llamar al preboste de la arti-  
llería para ordenarle que echara por tierra a cañonazos, sin perdonar ni una,  
todas aquellas maravillas y portentos del arte y de la industria. —¿Por qué, gran  
señor, decían de rodillas y temblando los presarios? —Eso no es jónico, ni dóri-  
co, ni corintio, contestaba el tirano. —¿Pero no es grande, no es bello?, replica-  
ban los interesados. —No pertenece a ninguno de mis cinco órdenes de archi-  
tectura, y, por consiguiente, nada puede ser grande ni bello: el primer cañona-  
zo caiga sobre la locomotora, que no es dórica.

Apliquemos el símil. Así como la estación de un ferrocarril, no es griega, ni  
romana, y, sin embargo, puede tener grandísima belleza; así como los griegos  
y los romanos no nos legaron módulos para la construcción de un *clipper*, ni  
de una locomotora, ni de un puente colgante, ni de un túnel, ni de un puen-  
te tubular, ni del domo de un observatorio, ni de un palacio de las reglas de la  
Retórica y Poética, sacadas de los libros griegos y romanos, no contienen los  
módulos a que se ajustan las obras de la literatura moderna, empezando por  
los fecundos SHAKESPEARE y LOPE, siguiendo por el gran CALDERÓN, y el mila-  
gro de los siglos, CERVANTES, rey de las nacionalidades literarias, y concluyen-  
do por la tribuna parlamentaria y el periodismo político.

Los que analizaron a HOMERO y a VIRGILIO hallaron las reglas psicológicas y estéticas que esos grandes poetas siguieron; pero en los inmortales poemas de las literaturas griega y latina no están las reglas especiales de las literaturas modernas, hijas del Cristianismo y la libertad. Los antiguos arquitectos trabajaban con cincel mármol de Paros: los ingenieros modernos trabajan hierro con carbón de piedra: sólo tienen de común unos y otros su industria en resistir a las leyes de la gravedad para levantar edificios estables de utilidad y recreo. Así, los antiguos oradores y poetas no coinciden con los modernos más que en dirigirse a la inteligencia y al corazón para persuadir y agrandar.

Pero ¡qué inteligencia y corazón tan distintos! Allí la mujer-mueble; aquí compañera: allí las naciones destrozándose para aumentar la esclavitud; aquí las naciones más poderosas desgarrándose para extirpar la esclavitud.

Ahora bien: los libros de Retórica y Poética donde únicamente se ven reglas del arte antiguo, donde no se encuentran las del arte moderno, donde nunca estarán las del arte futuro, vienen a ser libros de CÁNONES o MÓDULOS HISTÓRICOS que no sirven para lo presente, y cuyo estudio es de utilidad muy problemática para la generalidad; porque todos aquellos que no se sienten poseídos del estro divino mandan echar por tierra a cañonazos cuanto no se conforma con los incompletos módulos que sus códices encierran. -«Pero, señores, ¿no es eso grande, no es bello? -No puede haber belleza fuera de este código. -Pero ¿no reís? Pero ¿no lloráis?»

Los que van actualmente a los teatros por horas, ¿recuerdan acaso que HORACIO dispuso que la obra dramática había de tener cinco actos, *ni más ni menos*? ¿Cómo otros usos y distintas costumbres no han de exigir cánones nuevos? ¿Cuándo ha sido de la petrificación el mundo?»<sup>29</sup>

De seguro que Machado no olvidaría esto de la *petrificación* del mundo cuando escribiera, años después, sus famosas poesías de fondo tan heraclitiano como el de este afable Benot que moriría en Madrid y 1907, jefe del partido federal desde el fallecimiento de Francisco Pi y Margall en 1901.

### *Machado no fue un joven bárbaro.*

Pero en aquellos años de *magisterio* de Benot suceden la muerte del padre de Antonio Machado, en 1893, y la del abuelo, en 1896. Antonio Machado Ruiz anda todavía más enamorado del teatro que de otra cosa y las angosturas familiares consecuencia de aquéllas pérdidas, obligan a los hermanos Antonio y Manuel a contribuir en lo posible al sustento de la familia. De nuevo aparece Benot quien, en 1896 da trabajo a los hermanos en el proyecto del lexicógrafo republicano *Diccionario de ideas afines*. Es el anticipo del salto a uno de los predios más significados del republicanismo español fuera de las fronteras: la editorial Garnier, de París. Hacia allí salta Manuel Machado en marzo de 1899 y, poco después, en junio, Antonio, tras los pasos de Enrique Gómez Carrillo y Alejandro

<sup>29</sup> *Ibidem*, pp. 386-390.

Sawa, entre otros. Benot, una vez más, y Estévanez recomiendan a los Machado quienes, como podemos observar, siguen dentro del territorio de la minoría republicano-federal. En París los esperan el canario Elías Zerolo, director literario de Garnier y significado pimargallista, más, por descontado, el infatigable Nicolás Estévanez. También acudiría a París en junio de 1899 y, asimismo, recomendado por Benot, Pío Baroja.

No debe olvidarse, insisto, que la sección española de la editorial Garnier funcionaba a modo de sucursal oficiosa del republicanismo federal en Francia y buena parte de las sucesivas *Gentes Nuevas* radicales terminaban pasando su peculiar rito iniciático por los despachos de la empresa. Había sido el caso de los Sawa (Alejandro y Manuel), de Bonafoux o Salamero. Sin embargo, cuando se estaba fraguando la juventud radical de esa promoción de *Gente Nueva* que al cabo acabaría terminando bajo la etiqueta de *Generación del 98* y que sucedía *naturalmente* a otra anterior tutelada por José Nákens y otros radical-naturalistas, Antonio Machado se mantuvo un tanto al margen de la praxis política de estos renovados *extremistas de la burguesía*. Es significativo que Pío Baroja, quien también completó el rito aludido entre junio y octubre de 1899, no citase en sus crónicas parisinas a Antonio Machado y sí a José Martínez Ruiz, Miguel de Unamuno o Ramiro de Maeztu, empeñados entonces en sus peculiares afinidades radicales (socialismo, filonarquismo...). Iban entrando aquéllos en posiciones políticas *modernas* (y *modernistas*, por qué no) que pasaban por asimilar el nuevo populismo naciente tras el desastre de 1898 y los primeros síntomas de la crisis de los partidos de la Restauración. Quién se apuntaba a un regeneracionismo de eslóganes y tendente al nacionalismo tutelar, quién lo hacía a la sombra del caudillo popular del republicanismo radical, Alejandro Lerroux y de sus secuaces *jóvenes bárbaros*. Tuvo mucho de joven bárbaro Maeztu, militó Pío Baroja y aun el *Azorín* anterior a *Los pueblos*, quien al cabo se encontraría más a gusto en los aldaños de los futuros *jóvenes mauristas*, mostró más de un resabio *bárbaro* en el tiempo de sus *pecadillos de juventud*.

¿Y Antonio Machado? Pues desde luego cualquier cosa menos *joven bárbaro*. En sus tiempos bohemios caló más el influjo de Rubén Darío y Paul Verlaine, cuyos ecos se pueden detectar con facilidad en *Soledades*, de 1903 (pero cuyos primitivos poemas comienzan a ser escritos en aquel París de 1899), que las nietzscheanas apologías de la violencia a cargo de Georges Eugène Sorel y otros. Si Joaquín Costa había culminado su trayectoria ideológica, primero del *Pueblo* a la *Nación* y, luego, de retorno de la *Nación* al *Pueblo* con su peculiar *Colectivismo agrario*<sup>30</sup> (pero también Miguel de Unamuno con la no menos peregrina *demótica*), Antonio Machado pareció seguir a gusto en el primero de los

---

<sup>30</sup> ARA TORRALBA, J. C.: «Del folklore a...», *op. cit.*

periplos; no sería sino muchos años después cuando emprendería el camino de regreso al proceloso concepto de *Pueblo*. De hecho, Antonio Machado no colaborará (sí lo hizo Manuel) en la revista *Juventud* (1901-1902), que contenía artículos de sus adorados maestros Francisco Giner de los Ríos, Joaquín Costa y Manuel Sales y Ferré.

Por el momento, Antonio Machado aparece incidentalmente en la nómina de las revistas de los *nuevos*, primero en *Electra* (1901) y, luego, en la *Revista Ibérica* (1902), *Helios* (1903-1904), *Alma Española* (1904) o *La República de las Letras* (1905). En aquel año de 1905 Antonio Machado lee dos libros que le van a dejar honda huella, los *Cantos de vida y esperanza*, de Rubén Darío y la *Vida de don Quijote y Sancho*, de Miguel de Unamuno, y da término a su etapa *bohemia* al decidirse, alentado por Giner, a opositar a cátedras de Instituto. En los amenes de abril de 1907 Antonio Machado llega a Soria para tomar posesión de la cátedra recién ganada.

### *La deriva soriana. El particular nacionalismo de Campos de Castilla.*

La aparición, en 1907, de *Soledades. Galerías. Otros poemas* marca el nacimiento del periodo *posmodernista* de Antonio Machado, lugar histórico-literario que, al cabo, según hemos de ver, ha de acoger la literatura de nuestro poeta. De ahí a la publicación de *Campos de Castilla* Machado recorre el camino *del Pueblo a la Nación* con algunos años de retraso respecto de Costa o Unamuno. Tarda en abandonar Machado bastantes de los resabios propios del institucionismo decimonónico –y de Giner en particular– por los que buena parte del pueblo español no dejaba de ser un hatajo de ignorantes. Así ha de leerse esta estrofa del poema «Campos de Castilla» aparecida en el número de febrero de 1910 de *La Lectura*:

«Oh, suelo triste y noble,  
el de los anchos llanos y yermos y roquedas;  
de campos sin arados, regatos ni arboledas;  
decréptas ciudades, caminos sin mesones;  
y atónitos palurdos sin danzas ni canciones  
que aun van, abandonando el mortecino hogar,  
como tus largos ríos, Castilla, hacia la mar!».

El poema será bastante modificado en la versión del mismo dentro de la edición en libro de *Campos de Castilla* («Orillas del Duero»). No podía ser de otra manera: los *palurdos* –obsérvese, *sin danzas ni canciones*, esto es: no son *pueblo* para un *demófilo* folklorista– irán transformándose en ahistóricos celtíberos *de raza*, tal como los iba esculpiendo por las mismas fechas el artista Julio Antonio. Y es que la producción literaria de Machado en aquellos años que van del 1907 al 1912 participa de un regeneracionismo nacional de segunda hornada coincidente con los anhelos de muchos por conseguir un *Arte Español*. Lo que sucedió es que este designio se había de convertir en campo de batalla entre progresistas

y reaccionarios. Un arte nacional, castizo y ahistórico, se propugnó desde la derecha recalcitrante, especialmente a partir de los éxitos de *Casta de hidalgos* (1908), *El amor de los amores* (1910) o *Los Centauros* (1913), de Ricardo León<sup>31</sup> (al que seguían de cerca Eduardo Marquina y su teatro poético, o las primeras novelas de Concha Espina); pero los segmentos progresistas también presentaron todo un proyecto cultural e ideológico (en el que han de incluirse desde los estudios de Ramón Menéndez Pidal hasta, por qué no, el ciclo novelesco de Baroja en torno a Aviraneta o *Troteras y Danzaderas*, de Ramón Pérez de Ayala) que, a partir de 1915, quedaría bajo la tutela de Ortega y Gasset, su revista *España*, y las actividades de la Residencia de Estudiantes –¡otra vez la Institución Libre!–. No está de más recordar que 1907 es el año de la llegada de Machado a Soria, pero también lo es de la creación de la Junta de Ampliación de Estudios, o que en 1913 *Azorín* –quien, por cierto, dedicaría *Un pueblecito. Riofrío de Ávila*, editado en 1916 por la Residencia de Estudiantes, a Antonio Machado– se *inventa* la Generación del 98 –*tutelado* de cerca por Ortega y Gasset– cuando anda ocupado en su magna empresa de resituación nacional de la literatura española que representan *Castilla* (1912), *Lecturas españolas* (1912), *Clásicos y modernos* (1913), *Los valores literarios* (1913) y *Al margen de los clásicos* (1915)<sup>32</sup>.

Es en estos años sorianos y en esta encrucijada ideológica española cuando comienza a fraguarse el mito *nacional* de Machado. De hecho, ya en 1908, concretamente el 2 de mayo, aparece en un número conjunto del *Noticiero Soriano*, *El Avisador Numantino* y *Tierra Soriana*, el artículo de Antonio Machado «Nuestro patriotismo y *La marcha de Cádiz*». En él se contienen los más reveladores síntomas del pensamiento regeneracionista machadiano de aquella sazón, el que habrá de germinar en *Campos de Castilla*. Véanse, en este sentido, las siguientes frases entresacadas de aquél, que tanto condicen con el fragmento del poema de *La Lectura* anteriormente transcrito:

«Somos los hijos de una tierra pobre e ignorante, de una tierra donde todo está por hacer. He aquí lo que sabemos. Sabemos que la patria no es una finca heredada de nuestros abuelos; buena no más para ser defendida a la hora de la invasión extranjera. Sabemos que la patria es algo que se hace constantemente y se conserva sólo por la cultura y el trabajo [...] No sois patriotas pensando que algún día sabréis morir para defender esos pelados cascotes; lo seréis acudiendo con el árbol o con la semilla, con la reja del arado o con el pico del minero a esos parajes sombríos y desolados donde la patria está por hacer».

---

<sup>31</sup> Ver ARA TORRALBA, J. C.: *Del modernismo castizo. Fama y alcance de Ricardo León*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 1996.

<sup>32</sup> MAINER, J. C.: «Sobre el canon de la literatura española del siglo XX», en *Historia, literatura, sociedad (y una coda española)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 229-263.

Estos son los senderos ideológicos de Machado cuando en 1912 firma el contrato con la editorial Renacimiento –revelador título– para publicar *Campos de Castilla*. Precisamente lo hace mientras lucra una beca en París de la Junta de Ampliación Estudios. Una vez más la Institución. La muerte de Leonor y el abandono de Soria obligarán a Machado a dejar atrás esos tiempos de la ciudad castellana «mística y guerrera», según el poeta en sintagma tan azoriniano (pero del Martínez Ruiz ¡de 1902!). Como bien supo ver Ortega en su reseña de *Campos de Castilla*, publicada en *Los Lunes de «El Imparcial»* un 22 de julio de 1912, el tiempo de Machado y del mismo Ortega «ya no es el tiempo del modernismo».

### *De vuelta del nacionalismo hacia un singular populismo íntimo.*

Saludado el éxito de *Campos de Castilla* y con él un determinado proyecto nacionalista –que puede rastrearse también en su inacabada serie de poemas que habría de engrosar el inédito *Hombres de España*–, Machado *ya será del 98* gracias a los artículos de Azorín y los peculiares movimientos de pieza ideológica en torno a Ortega y la Residencia de Estudiantes. Antonio Machado se traslada a Baeza y comienza en aquel 1912 –año de particulares inflexiones en las trayectorias literarias de Azorín, Valle-Inclán o Baroja– su particular camino de vuelta al pueblo con el ahondamiento en la escritura de unos proverbios y cantares cuyo inicio primitivo ha de buscarse en la ya lejana fecha de 1908, cuando en la revista *La Lectura* hubo de firmar poemas bajo aquel marbete. Y no debe olvidarse que también en 1912 afianza la indagación en torno a la autenticidad de su propia producción mediante los cuadernos de *Los complementarios*.

Pero aquel camino es lento. Todavía en 1913 Machado publica en *La Lectura* la primera versión del en el futuro celebrado «El mañana efímero», que termina con la famosa estrofa, todavía regeneracionista:

«Mas otra España nace,  
España del cincel y de la maza,  
con esa eterna juventud que se hace  
del pasado macizo de la raza.  
una España implacable y redentora,  
España que alborea  
con un hacha en la mano vengadora,  
España de la rabia y de la idea».

Continuaban los *bustos de la raza* julioantonianos en las vísperas de la fundación de la revista *España*. Seguían, también, las improntas de regeneración ribeteadas de un republicanismo, muy decimonónico, caracterizado especialmente por la feroz inquina contra la Iglesia y los caciques. Así han de leerse tanto el revelador artículo «Sobre pedagogía», publicado en *El Liberal* el 5 de marzo de 1913, el poema «El Dios Ibero», que llenaba la plana de *El Porvenir Castellano* del 5 de

mayo del mismo año, o estas palabras escogidas del prólogo al proyecto del poemario *Hombres de España*, también de 1913:

«Tengo un gran amor a España y una idea de España completamente negativa. Todo lo español me encanta y me indigna al mismo tiempo. Mi vida está hecha más de resignación que de rebeldía; pero de cuando en cuando siento impulsos batalladores que coinciden con optimismos momentáneos de los cuales me arrepiento y sonrojo a poco indefectiblemente [...] Detesto al clero mundano que me parece otra degradación campesina. En general me agrada más lo popular que lo aristocrático social y más el campo que la ciudad [...] Estimo oportuno combatir a la Iglesia católica y proclamar el derecho del pueblo a la conciencia y estoy convencido de que España morirá por asfixia espiritual si no rompe ese lazo de hierro».

En octubre de 1913 Machado se adhiere a la orteguiana Liga de Educación Política Española y, en noviembre, remite a Madrid su poema en elogio de *Azorín*, dentro del homenaje que le tributa la Residencia de Estudiantes. Cuando el 29 de enero de 1915 sale a la calle el primer número del semanario *España*, Antonio Machado figura como escritor *adscrito* a la provincia de Jaén. En 1916, como no podía ser de otra manera, Antonio Machado firma el manifiesto de la Liga Antigermanófila. Poco después, ya en 1917, salen de la imprenta las *Páginas escogidas* que le edita Calleja, anticipo de las *Poesías Completas (1899-1917)* de la Residencia de Estudiantes (1917).

Uno de los inequívocos síntomas de la progresiva relectura de su pasado *demófilo*, esto es, del retorno paulatino a un singular populismo, lo encontramos al poco de la instalación de Machado en su nuevo destino segoviano, allá por los estertores de 1919: Machado y otros fundan una Universidad Popular en la que Machado impartirá clases desde febrero de 1920. Y el 17 de septiembre del mismo año, en una entrevista de Cipriano Rivas Cherif para *La Internacional*, Machado contesta a una de las preguntas de Rivas con estas significativas palabras:

«Yo, por ahora, no hago más que folklore, autofolklore o folklore de mí mismo. Mi próximo libro será, en gran parte, de coplas que no pretenden imitar la manera popular –inimitable e insuperable, aunque otra cosa piensen los maestros de retórica–, sino coplas donde se contiene cuanto hay de mí de común con el alma que canta y piensa en el pueblo. Así creo yo continuar mi camino, sin cambiar de rumbo».

Desencantado con la acción política contemporánea –señaladamente por los desvaríos de los reformistas de Melquíades Álvarez, con los que había coqueteado en Baeza–, Machado se refugia en esta concepción *demótica* y todavía anhela con nostalgia la tradición política de Pi y Margall y Salmerón, según recuerda en carta a Unamuno del 24 de septiembre de 1921. En esta sazón tan desazonada se produce en septiembre de 1923 el golpe de Primo de Rivera; en 1924 sale a la calle la expresión de este momento *autofolclórico*: el libro *Nuevas Canciones*. Son

tiempos de febril actividad teatral compartida con su hermano Manuel. El regreso a cierta significación en la praxis política ha de esperar hasta el 11 de febrero de 1926, cuando se publique en Madrid, coincidiendo con el aniversario de la I República, el manifiesto fundacional de Alianza Republicana. Antonio Machado es uno de los firmantes –junto con Manuel Azaña, de cuya Acción Republicana Machado será miembro desde ese mismo año–. Curiosamente, diez días después la Asociación de Antiguos Alumnos de la Institución Libre de Enseñanza tributan homenaje a los dos hermanos por el éxito del estreno de su primera obra original. De nuevo, republicanismo confeso e institucionismo van de la mano. No extraña, además, que en mayo y junio de aquel año la *Revista de Occidente* publique las dos entregas del *Cancionero apócrifo* de Abel Martín. En 1928, tanto el *Cancionero apócrifo* como el debut de Juan de Mairena se pondrán definitivamente de largo en la segunda edición de las *Poetas Completas*.

En vísperas de la II República, concretamente en 1930, Machado, al parecer, ingresa en la Logia Madrileña Mantua, tal vez poco después de participar en el banquete que en Segovia se celebra el 11 de febrero para conmemorar el aniversario de la República de 1873. Machado, por entonces enamorado de Pilar de Valderrama, albergaría la esperanza del retorno de la tradición de los Pi y Margall y Salmerón. Y más todavía cuando el 14 de febrero de 1931 Ortega, Marañón y Pérez de Ayala decidan acudir a Segovia para dar el mitin inaugural de su campaña republicana: Antonio Machado presidió el acto y se encargó de presentar a los oradores. Apenas dos meses después, el 13 de abril de 1931, Machado participará en el alzado de la bandera republicana en el Ayuntamiento de Segovia.

Es muy revelador del republicanismo *decimonónico* machadiano el hecho de que cuando, seis años después, recuerde estas jornadas de esperanza con la voz desdoblada del Juan de Mairena *póstumo*, hable de «unos pocos *viejos republicanos*» alzando la bandera. La cursiva es mía, por dar cuenta de la difícil adaptación del viejo republicano a un nuevo orden y un nuevo tiempo que atendía a un cúmulo de urgencias ideológicas y sociales bien diferentes de las que esperaba el viejo salmeroniano. Explica el cierto atolondramiento con el que Machado asiste a las primeras medidas de la II República, por ejemplo en materia religiosa: cuando Francisco de Viu entrevista a los hermanos Machado para la ilustrada *Ahora* en 1931, los Machado contestan al periodista con esta cándida frase: «el Estado no ha de avasallar a la Iglesia, pero sí ejercer sobre ella una tutela amorosa...» y eso que el 21 de junio Antonio habrá de firmar un manifiesto de Acción Republicana dirigido a los segovianos con vistas a la victoria en las legislativas del 28, y el 19 de marzo del año siguiente Machado se incorpora oficialmente al grupo «para la organización del Teatro popular».

Fracasado el primer tramo de la II República con la victoria de Gil Robles en noviembre de 1933, Machado, según anota en uno de sus cuadernos conserva-

dos, da por muerto con un «RIP» el nuevo régimen en el que tantas esperanzas *salmeronianas* había depositado. Son tiempos en los que su populismo comienza a ser apropiado por los nuevos movimientos miedológicos, y así ha de entenderse la interviú que la joven comunista Rosario del Olmo le hace para *La Libertad* el 12 de enero de 1934 o el texto *Sobre una lírica comunista que pudiera venir de Rusia*, que consigue Rafael Alberti del poeta sevillano para el sexto número, y último, de abril de 1934, de la combativa *Octubre*.

A diferencia de otros intelectuales contemporáneos, quienes tardaron en reaccionar frente al incoercible ascenso de Hitler en Alemania y Austria, Antonio Machado no dudó en firmar desde aquel año de 1934 casi todos los manifiestos antifascistas que solicitaron su firma. Su digna respuesta se fundamentaba, eso sí, en presupuestos decimonónicos, puesto que una lectura profunda de *Sobre una lírica comunista...* evidencia que Machado andaba pensando más en Tolstoi y aquella *literatura rusa* que había sacudido la literatura española a finales del siglo XIX —y pienso en los textos de Emilia Pardo Bazán y Benito Pérez Galdós— que en Lenin, Trotsky, Stalin o Gladkov. Así ha de entenderse que para Machado el comunismo le parezca «la interpretación exacta del sentido fraterno del cristianismo». Puestos a hablar, sin embargo, de reflexiones anticuadas o a contrapelo, es bueno recordar que también Baroja pensaba algo parecido del comunismo ruso, lo cual era, según el peculiar magín del vasco —compartido por buena parte de los ciudadanos medios europeos allá por los treinta del siglo XX—, algo completamente negativo, puesto que lo hermanaba con el judaísmo y el catolicismo dogmático. Como bien han apuntado los mejores exegetas de Machado, nuestro poeta no será *marxista*, pero jamás podrá considerarse reo de *antimarxismo*.

Machado tenía como límites para la asunción del marxismo tres ejes motores del pensamiento institucionista: la propiedad privada, el individualismo y el rechazo del materialismo. Machado, en la entrevista que Alardo Prats le hizo para *El Sol*, el 9 de noviembre de 1934, era tajante al respecto:

«Yo no soy marxista ni puedo creer, con el dogma marxista, que el elemento económico sea lo más importante de la vida: es éste un elemento importante, no el más importante; pero oponerse avara y sórdidamente a que las masas entren en el dominio de la cultura y de lo que en justicia les corresponde me parece un error que siempre dará funestos resultados».

Era ésta una vía, una solución éticamente honorable a la crisis galopante de las democracias occidentales arrastrada desde finales del siglo XIX; pero no dejaba de ser minoritaria —y anticuada, pues Machado, en la misma entrevista, volvía a recordar a «los viejos maestros rusos»— entre una mayoría que iba decantándose, *de iure* o *de facto*, por alguna de las soluciones finales, comunismo o fascismo. Ese Juan de Mairena que se pasea por las planas del *Diario de Madrid*, primero, y de *El Sol*, más tarde, en 1935 y 1936, tiene un aire deliberadamente ana-

crónico, el mismo que el *autofolclórico* Antonio Machado le ha conferido a su heterónimo consciente de su cierta inactualidad entre el vórtice de urgencias por las que navega no sólo España, sino Europa toda. El título provisional del que será *Juan de Mairena* en 1936. *Conversaciones de Mairena a sus discípulos*, dice mucho del recuerdo mitificado del institucionismo de Giner y los suyos. La infancia de Machado no sólo eran recuerdos de un patio de Sevilla; lo fueron también de las viejas aulas madrileñas. Estaba preparado, sentimentalmente preparado, para seguir el ejemplo de Valle-Inclán, quien había ordenado su entierro civil poco antes de morir en los inicios del infausto 1936.

Y con este bagaje, materialmente ligero, pero éticamente grave, enfrentó Machado los años de la contienda. Se sucederán las firmas en adhesión a la República del 31 de julio de 1936, la desazón por las posteriores defecciones de Ortega o Marañón, el dolor por el asesinato de García Lorca –a quien había conocido en Baeza–, la colaboración con el Gobierno legítimo... pero siempre no como comunista sino como «viejo republicano», según recordará desde Valencia en *Ahora. Diario de la Juventud*, el 14 de enero de 1937. Su participación en el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura con su ponencia *Sobre la defensa y la difusión de la cultura* es también reveladora, por lo intensamente *demófila*, individualista, impermeable a la definición orteguiana de *masa humana*. Quizá por todo ello nada más justo ni conmovedor que la bandera tricolor vistiese el cuerpo yacente, sin vida, de Antonio Machado en Collioure aquel 22 de febrero de 1939.

*Las cosas en su lugar. 2007 es el centenario, también, de la Junta de Ampliación de Estudios.*

Ordenar es dar sentido a las cosas; reordenarlas, lógicamente, darles uno nuevo; y todo ello dentro de un cuadro histórico creíble. Es allí, en esos cuadros, en esos relatos, donde *naturalizamos* los hechos históricos. Los clásicos siempre corren el peligro de la descontextualización, de la *desnaturalización* por ausencia, deliberada o no, de elementos de relación *cotextuales*. Antonio Machado fue, literariamente hablando, pese a quien pese, no un autor decimonónico, sino un posmodernista en toda regla, entendiendo por posmodernista aquella promoción literaria que va haciéndose camino y alcanzando nombradía desde, año arriba, año abajo, 1907 (no lo olvidemos, el de *Soledades. Galerías. Otros poemas*). Machado, como Enrique de Mesa, Enrique Díez Canedo, Tomás Morales, Rafael Lasso de la Vega y otros, se atiene a las características de esta promoción. Otra cosa es que el marbete e, incluso, la mayoría de los miembros del grupo hayan caído en desuso y en el olvido, respectivamente. En cuanto a la ideología, que es lo que hemos venido *reordenando* en estas páginas de urgencia, Machado fue un republicano que desde un inequívoco fondo, ahora sí, decimonónico y sin tras-

pasar jamás determinados umbrales aprendidos del magisterio de sus profesores institucionistas, hubo de construir un peculiar *populismo íntimo* o *autofolclore* con el que pretendió estar «a la altura de las circunstancias». Es más, Machado presentó la imagen –con gran parecido al huidizo original– de intelectual *desganado*, de librepensador que sólo habría de decidirse a salir a la palestra pública muy de cuando en cuando –otra cosa son las anotaciones personales y aun el desdoblamiento heterónimo– para forjar la opinión pública una vez abandonada su etapa *bohemia* y desde el momento en que tuvo que enfrentarse a la dura realidad provinciana española. También en 1907.

Y 1907 fue el año de la fundación de la Junta de Ampliación de Estudios, una de cuyas becas lucraría Antonio Machado. Hijueta de la Institución Libre de Enseñanza, a la Junta y al Centro de Estudios Históricos debemos, en gran manera, el avance y el progreso en la ciencia española. Nació casi de milagro la Junta por Real Decreto del 11 de enero de 1907 y hubo de sufrir hostigamiento continuo –de consuno junto al Centro de Estudios Históricos, creado en 1910 gracias al empeño político de Canalejas– por parte del gobierno largo de Maura, primero, y de los sucesivos grupos ultramontanos, después, hasta su destrucción, en tanto que institución *material*, con la Guerra Civil. El diputado Hilario Ayuso les tildó de «Junta de Cabaret» en 1914, y Pío Zabala, de «sustitucionistas», entre otras lindezas que se pueden entresacar del diario de sesiones del Congreso entre 1910 y 1936.

Quiero decir con estos recordatorios *cotextuales* del 1907 machadiano que es necesario recontar las veces que haga falta, poner críticamente al día, las bondades de nuestro clásico, para que una perezosa inactualidad no le convierta en pasto de los tradicionales enemigos de la Junta y del progresismo español; por cierto, los mismos que denunciaba Machado, aquéllos que tienden a la ahistoricidad castiza, una deliberada confusión de *lo liberal*, la mojigatería neocatólica y al cacicato cultural. Porque, viendo –y es un ejemplo muy revelador por lo reciente– cómo le ha ido a Francisco Giner de los Ríos y al pensamiento progresista decimonónico en una biografía del rondeño publicada en 2002, tal vez sea más preciso que nunca ordenar y reordenar a Machado. De la susodicha biografía de Giner, sirvan estas estimaciones torticeras, propias de un Ayuso o un Zabala redivivos, como aperitivos de lo que puede sucederle en un futuro próximo a Machado:

«Antonio Machado [...] se metió a profesor de Bachillerato sin vocación por la enseñanza. No sabía ganarse la vida de otra manera. Como era un hombre bondadoso y en aquellos años todavía se respetaba la autoridad de un catedrático de Instituto, no tuvo problemas en clase. Estas eran como la parodia de los métodos de la Institución: aprobado general, lecturas erráticas, intentos de traducción que solían naufragar en la desgana y el aburrimiento de alumnos y profesor. Cuando las bromas llegaban muy lejos, don Antonio restablecía el

orden con un puñetazo en la mesa [...] Juan de Mairena es un prototipo de los profesores de la Institución. Sin papeles, sin libros, sin programa, ajeno a la institución académica, lo suyo es el diálogo, la charla, una pedagogía socrática en la que la levedad, por no decir la inexistencia de los contenidos va compensada por la actitud crítica que pretende inculcar a sus discípulos. Lo que Mairena quiere no es transmitir un saber [...] El funcionario que llegó a mandar un telegrama al Instituto de Segovia donde daba clases diciendo, «perdido el tren hoy y mañana» se permitía desafiar el poder, como si fuera un nuevo Sócrates, o por lo menos un nuevo Giner. Era un rebelde como lo fue Giner: un rebelde a sueldo del Estado liberal»<sup>33</sup>.

Ahorro al lector otros juicios similares vertidos sobre toda la plana del progresismo español del siglo XIX. Sólo indico, por revelador, que los dos siguientes iconos martirizados por el autor de esta biografía de Giner son... Miguel de Unamuno y la Junta de Ampliación de Estudios. ¿Casualidad? En absoluto; recuérdese, en todo caso, cómo iniciábamos estas cuartillas. Unamuno, Machado, la Junta, tres puntales y tres mitos del nacionalismo demócrata español. De cualquier modo, observamos con complacencia que Antonio Machado no se ha *petrificado* en una imagen *inactual*, aunque sea *a contrario*. Bien mirado, debe celebrarse.

---

<sup>33</sup> MARCO, J. M.: *Francisco Giner de los Ríos. Pedagogía y Poder*, Barcelona, Península, 2002, pp. 334-335.